

neras de los hombres, que sólo pueden conocerse en la sociedad. Seriamente te pido que me disimules este consejo, porque si eres una criatura racional y un ser pensador, sería aviso inútil y en cierto modo injurioso. Si no supiese yo por experiencia que algunos hombres pasan todo su tiempo sin hacer nada, me sería imposible creer que un ser superior á los autómatas de Descartes desperdiciase en absoluta ociosidad un solo minuto del corto tiempo que nos ha tocado vivir en este mundo.

He conversado últimamente con M. Cramer, comerciante muy juicioso, que me dijo había comido contigo, y habládote con frecuencia en Lipsia; y ayer vi uno de mis antiguos lacayos, que coloqué en el correo; y me aseguró haberte visto en Agosto último. Fácilmente te imaginarás que mi alegría de verlos fué mayor porque ellos te habían visto, y que los examiné según sus respectivas capacidades. M. Cramer me procuró mucha satisfacción, no sólo por lo que me dijo espontáneamente tocante á ti, sino porque traía encargo de M. Mascow de manifestarme lo mismo. Como habla el alemán perfectamente, le pregunté de qué manera lo hablabas tú, y me aseguró que muy bien considerando el tiempo que llevas, y que con un poco más de práctica llegarías á poseerlo con perfección. El correo me dijo que habías crecido mucho, conjeturando que te faltarán cuando más dos pulgadas para estar de mi tamaño; agregó que estabas grueso y robusto, y que parecías gozar de muy buena salud. Esto es todo lo que podía esperarse de la sagacidad de la persona.

Recibe, mi querido hijo, con motivo á la entrada de año, los sinceros deseos que me animan por tu felicidad. Ojalá merezcas vivir muchos y muy afortunados años, y que mereciéndolos, te los conceda el cielo. Puedes en verdad ver muchos años nuevos, pero no afortunados sin merecerlos. Nadie es acreedor á la dicha, ni puede conseguirla, sin la virtud, el honor y el saber. Rasgo de lisonja muy bonito fué el que ocurrió al poeta que primero dijo: *Di tibi dent annos, de te nam cætera sumes*; espero que con el tiempo podrá sin lisonja decirse lo mismo; y te protesto que en cualquiera tiempo que no pudiere yo aplicarte la última parte de esta frase, me guardaré bien de decir, de pensar y aun de desear la primera. Á Dios.

LONDRES, 10 de Enero de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Recibí tu carta del 31 de Diciembre último. Tus agradecimientos por lo que llamas mi presente, exceden el valor del presente mismo; mas el uso á que piensas dedicarlo, es el mejor reconocimiento que espero de ti. La conexión más razonable entre un hombre de juicio y sus libros, consiste en saber apreciar justamente las materias que contienen, y ver con debida indiferencia los ornatos exteriores.

Ahora que vas á penetrar un poco más en el mundo, aprovecho esta ocasión para explicarte mis intenciones relativamente á tus gastos futuros, á fin de que sepas lo que tienes que esperar de mí y tomes tus medidas en consecuencia. No rehusaré, antes bien daré de buena gana, el dinero que fuere necesario, tanto para tus adelantos como para tus placeres, pero se entiende de los placeres de un ser racional. Bajo el capítulo de adelantos comprendo igualmente los gastos de habitación, coche, vestido, criados, etc. que, tomando en consideración los diversos lugares en que te hallares, pudieren juzgarse necesarios para ponerte en estado de frecuentar las mejores compañías. Bajo el capítulo de placeres comprendo: primero, los socorros que pudieres dar á las personas que merecieren verdadera compasión; segundo, los presentes que creyeres oportuno hacer á los que te hubieren hecho algún servicio ó que desearas obligar; tercero, todo lo que fuere necesario para conformarte con las recreaciones de la sociedad que frecuentares, como espectáculos públicos, tu cuota en partidas de diversión, unos cuantos dobloncillos para juego de puro trato familiar, y otros desembolsos accidentales de la buena compañía. Los únicos dos artículos para los cuales no ministraré nunca fondos, son, la prodigalidad de un bajo desenfreno, y la vana profusión de una vida perezosa y negligente. Un mentecato, sin procurarse crédito ni satisfacción verdadera, puede disipar más de lo que gastará un hombre de juicio para proporcionarse ambas cosas. El último emplea su dinero como su tiempo, y no gasta nunca un real ni un minuto, sino en cosas útiles, ó racionalmente gratas para sí ó para los otros. El primero compra cuanto no necesita, y no paga lo que necesita; no puede resistir al atractivo de una tienda de chucherías; las cajas de



polvo, los relojes, los puños de bastón etc. son su ruina; sus criados y los tenderos conspiran con su propia indolencia para engañarlo; y en poco tiempo, rodeado de superfluidades ridiculas, se asombra de verse desprovisto de todas las comodidades verdaderamente necesarias en la vida. La fortuna más crecida, sin método ni cuidado, no bastará para suplir los gastos necesarios; á la vez que la más módica, con ambas cualidades, podrá bastar á todo (a). Siempre que te fuere posible paga todo lo que compres en dinero contante, y evita los billetes y las obligaciones; paga por tu propia mano y no te valgas de los criados que por lo regular estipulan un tanto con el vendedor, ó le exigen un regalo por el cumplimiento de su palabra como ellos la llaman. Cuando te fuere necesario abrir cuentas, como en comidas, vinos, vestidos, etc. págalas regularmente cada mes. Inducido de una falsa economía, no compres nada por barato que sea si no lo necesitas; ni tampoco porque es caro para satisfacer un necio orgullo. Apunta en un libro todo lo que recibieres, porque ningún hombre que sabe lo que paga y lo que recibe gasta más de lo que permiten sus facultades. No es mi intento que lleves cuenta de todos los chelines y medias coronas que gastares en alquiler de coches, óperas etc. que no valen el tiempo ni el papel que emplearías; abandona estas minuciosidades á los tontos ecónomos de bagatelas, pero no olvides que en economía como en todo lo demás de la vida, debes prestar una atención conveniente á los objetos que la merecen, y despreciar las fruslerías. Un espíritu sólido mira las cosas en su verdadera proporción, y un espíritu débil las contempla por medio de un prisma de aumento que abulta los objetos pequeños y no puede abarcar los grandes. Yo he conocido hombres considerados como avaros porque economizaban un real y pleiteaban por dos, y que sin

(a) Los que son demasiados  
En gastar y despende  
Y en ganar muy descuidados,  
Vienen á pasos contados  
Á acabar de empobrecer.  
No me place la alabanza,  
Que se le da al gastador;  
Que no es mesura, y crianza  
Al que gasta sin templanza  
Darle del yerro loor.

(ARANDA.)

Tr.

embargo, se arruinaban gastando más de lo que permitían sus rentas (a), ó abandonando otros artículos esenciales que su capacidad no alcanzaba á distinguir. La señal infalible de un juicio sólido y sano, es encontrar en todas las cosas estos justos límites: *quos ultra citrave nequit consistere rectum* (b). Estos límites se hallan trazados por una línea extremadamente sutil que sólo el buen sentido y la atención pueden distinguir, y que no es perceptible á los ojos vulgares. En las maneras esta línea es la cortesía; más allá es ceremonia importuna, y más acá negligencia indecorosa ó falta de atención indecente; en las costumbres morales distingue al puritano jactancioso del libertino sin pudor; en la religión separa la superstición de la impiedad; y finalmente, cada virtud del vicio ó flaco con que tiene mayor afinidad (c). Creo que tú tienes bastante perspicacia para descubrir esta línea; tenla siempre delante de tus ojos y aprende

(a) Los que sin hacienda traen  
Galas y casa costosa  
No son cuerdos, pues es cosa  
Que descredita y consume.

(LOPE DE VEGA.)

(b) Equidistantes del error por ambos lados.

(c) Il ne faut jamais rien de trop.  
Que de sens renferme ce mot!  
Qu'il est judicieux et sage!

Trop de repos nous engourdit;  
Trop de fracas nous étourdit;  
Trop de froideur est indolence,  
Trop d'activité, turbulence,  
Trop d'amour trouble la raison,  
Trop de remède est un poison,  
Trop de finesse est artifice,  
Trop de rigueur est dureté,  
Trop d'audace, témérité.  
Trop d'économie, avarice;  
Trop de bien devient un fardeau.  
Trop d'honneur est un esclavage,  
Trop de plaisir mène au tombeau,  
Trop d'esprit nous porte dommage.  
Trop de confiance nous perd,  
Trop de franchise nous dessert,  
Trop de bonté devient faiblesse,  
Trop de fierté devient hauteur,  
Trop de complaisance, bassesse,  
Trop de politesse fadeur.

(PANARD.)

Tr.



á andar sobre ella; apóyate en M. Harte que te hará guardar el equilibrio hasta que seas capaz de caminar solo. Diréte de paso que son más pocos los hombres que saben andar sobre esta línea que sobre la cuerda floja, y por lo tanto un buen volatín es mucho más estimable.

Tu amigo el conde Pertigue, que siempre pregunta por ti, ha escrito al conde Salmour, director de la academia de Turín, á fin que te prepare allí un alojamiento para la víspera de la Ascensión, y te ha recomendado al mismo sujeto en términos que espero sabrás corresponder no dándole motivo para que se arrepienta ó avergüence. Como el hijo del conde Salmour, que reside actualmente en la Haya, es íntimo conocido mío, tendré noticias regulares y verídicas de todo lo que hicieres en Turín.

Espero que durante tu permanencia en Berlín te informarás á fondo del estado actual del gobierno civil, militar y eclesiástico de los dominios del rey de Prusia, sobre todo del militar que se halla en mejor pie que en ningún otro país de Europa. Asistirás á las revistas, verás el ejercicio de las tropas, y averiguarás el número de compañías y escuadrones de que se componen los cuerpos de infantería y de dragones, y ten también cuidado de aprender en alemán los términos técnicos militares, pues aunque no te destines á la milicia, sin embargo, se ofrece tan á menudo conversar sobre materias de esta clase, que sería una vergüenza que las ignorases; además, entran en el círculo de los conocimientos que debes adquirir, porque muchas veces forman parte de las negociaciones de tu futura profesión. También debes informarte de las reformas que ha hecho últimamente el rey de Prusia en la legislación, reduciendo el número y duración de los procesos; obra grande y muy digna de tan gran príncipe. Como es sin disputa, el soberano más hábil de Europa, debes estudiar con la más escrupulosa atención cada ramo de su gobierno. Es necesario confesar que tu entrada en el mundo, como joven político, es propicia, porque comienzas por Berlín para pasar después á Turín, en donde verás al monarca más hábil después del de Prusia; de manera que si eres capaz de hacer reflexiones políticas, estos dos príncipes te procurarán abundante materia.

Querría que tratases de lograr acceso cerca de M. de Maupe-  
tuis: se ha distinguido tanto por su profunda erudición y su mérito general, que sentirías y aun te avergonzarías de haber estado un solo día en el lugar de su residencia sin haberlo visto.

Si no encontrases medio de introducirte en su casa, te enviaré desde aquí una carta de recomendación. M. Cagnoni de Berlín, á quien vas recomendado, es muy experto en los negocios y conoce perfectamente toda la Europa; si mereces su amistad y la aprecias como debes, te será de mucho provecho. Á Dios.

LONDRES, 24 de Enero de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Recibí tu carta de 12 del corriente, y me ha sorprendido que no hagas mención de tu próximo viaje á Berlín, que según el primer plan debía verificarse el 20, y en este concepto te escribí, y también á M. Harte, encaminando mis cartas á aquella capital. Me alegraría que las tuyas me diesen razón más detallada de tus movimientos y ocupaciones más importantes, y así espero que en lo de adelante me instruyas de lo que ves, de las personas que frecuentas y de todo lo que supieres en los diversos lugares de tu residencia, porque tus compañías y tus placeres me interesan tanto como tus estudios; no dejes pues, de tenerme al corriente de todo esto. Te recomiendo igualmente que al acusar el recibo de mis cartas cites también sus fechas para que yo sepa las que llegan ó no á tus manos.

Me lisonjeo de que durante tu permanencia en Berlín harás progresos muy considerables en la adquisición de las maneras nobles y de los conocimientos útiles; y lo conseguirás atendiendo á todo lo que vieres y escuchares haciendo preguntas oportunas, y observando algún método al tomar nota de las cosas más esenciales. La mayor parte de los jóvenes son tan ligeros, tan disipados y tan omisos, que apenas puede decirse que miran lo que ven, ó escuchan lo que oyen; de modo que más valdría que no oyesen ni vieses nada absolutamente. Por ejemplo: si encuentran algún edificio público, como un colegio, un hospital, un arsenal etc. se contentan con la primera ojeada, sin tomarse el tiempo ni el trabajo de informarse de sus partes esenciales, que son: la constitución, las reglas, el orden y la economía que se observa en el establecimiento. Espero que tú irás más lejos, penetrando la substancia de las cosas. Si cuando te hallares en Berlín ó en Potsdam vieres pasar la revista de algún regimiento, en vez de contentarte con el brillo general de todo el cuerpo, y decir por



cumplimiento *que es muy hermoso*, espero que preguntará de cuántos escuadrones ó compañías se compone; cuál es el número de oficiales de estado mayor y de los subalternos, como también el de los sargentos, cabos etc., su pre, su vestuario y quién se lo ministra, si el coronel ó los capitanes, ó bien algunos comisarios nombrados para el efecto; ante quién son éstos responsables; qué método se observa para reclutar y completar las compañías etc. Lo mismo practicarás respecto á las materias civiles, informándote de la jurisdicción de las cortes de justicia. Si se tratare de algún colegio ó de una academia, en lugar de detenerte en las dimensiones de los edificios, averigua cuáles son los miembros del establecimiento y sus dotaciones, como también las reglas que se observan; y que tus cartas contengan todas estas particularidades á medida que las supieres.

Muchas veces, lleno de esperanzas las más lisonjeras, me pongo á pensar en el orgullo que me entrará si aprovechas, como puedes hacerlo, de las oportunidades que has tenido, tienes y tendrás para llegar á la perfección; pero por otra parte temo la pesadumbre y la vergüenza que caerían sobre mí si no se realizasen mis esperanzas. Quiera el cielo que éstas no se frustren. Dios te bendiga.

LONDRES, 7 de Febrero de 1749.

MI QUERIDO HIJO.

Has llegado á una edad capaz de reflexión, y aunque pocos jóvenes la ejercitan, espero sin embargo, que tú harás uso de ella, por tu propia conveniencia, en busca de la verdad y de los conocimientos sólidos. Como no siento repugnancia en abrirte mi corazón, te confieso que no hace muchos años que comencé á reflexionar por mí mismo. Hasta la edad de diez y seis ó diez y siete años carecí de reflexión, y pasaron después muchos otros sin que hiciese uso de la que tenía. Adoptaba las nociones de los libros que leía ó de las compañías que frecuentaba sin examinar si eran ó no exactas; y preferí correr los riesgos de errores fáciles, más bien que tomarme el trabajo de descubrir la verdad; de modo que, parte por pereza, parte por disipación y parte por la mal entendida vergüenza de recusar las ideas á la moda, me vi arrastrado por mil preocupaciones en vez de guiarme por la

luz de mi razón; y fomenté tranquilamente el error en vez de solicitar la verdad. Pero desde que me tomé el trabajo de raciocinar por mí mismo, y que tengo valor para declarar que así lo hago, no puedes imaginarte hasta qué punto han cambiado mis ideas sobre la naturaleza de las cosas, y cuán diversos son los ojos con que ahora las miro, de aquellos con que primero las vi por medio del engañoso lente de las preocupaciones y de la autoridad; y aun es probable que haya yo conservado muchos errores que la dilatada costumbre há quizá convertido en opiniones reales, porque es muy difícil hacer la distinción entre los hábitos adquiridos tempranamente y el resultado de nuestra razón y de nuestras reflexiones (a).

Mi primera preocupación, porque paso en blanco los errores de niños y mujeres, como duendes, almas en pena, sueños, saleros volcados etc., mi primera preocupación, digo, fué mi entusiasmo clásico que me vino de los libros que leía y de los maestros que me lo explicaban. Me hallaba persuadido de que durante los últimos mil y quinientos años, no había habido en el mundo sentido común ni probidad verdadera, sino que habian desaparecido completamente con los antiguos gobiernos de Grecia y de Roma. Era imposible que Homero ó Virgilio, siendo antiguos, tuviesen faltas; Milton y el Tasso no podían tener mérito porque eran modernos; y casi habría podido decir respecto de los antiguos, lo que Cicerón, infundadamente y sin el decoro que conviene á un filósofo, dice respecto de Platón; *cum quo errare malim quam cum aliis recte sentire*. Pero vino tiempo en que sin ningún esfuerzo extraordinario de genio, llegué á descubrir que la naturaleza fué hace tres mil años precisamentelo que es hoy; que los vivientes de entonces fueron idénticos á los actuales; que los modos y las costumbres varían con frecuencia, pero que el alma humana es siempre la misma; y que no tendría yo más razón para suponer que los hombres fueron mejores, más valerosos ó más sabios hace mil y quinientos ó tres mil años, que la que me asistiría para sostener que los

(a) Voltaire dice :

L'impression demeure; en vain croissant en âge,  
On change de conduite, on prend un air plus sage;  
On souffre encore longtemps de ce vieux préjugé;  
On est suspect encor lorsqu'on est corrigé :  
Et j'ai vu quelquefois, payer dans la vieillesse,  
Les tributs des défauts qu'on eut dans la jeunesse.

Tr.



animales ó vegetales fueron entonces mejores de lo que son actualmente. Me atrevo aun á afirmar, contra los defensores de los antiguos, que Aquiles, el héroe de Homero, fué tan brutal como bribón, y que tenía un carácter muy indigno para héroe de un poema épico; tenía tan poco amor á su patria, que rehusó defenderla por haber reñido con Agamenón acerca de una ramera; razón por la que después, llevado únicamente del resentimiento particular, mató á muchas personas de una manera que llamaré cobarde, porque sabía que su cuerpo era invulnerable, y á pesar de esto lo cubría con la más sólida armadura del mundo; lo cual considero humildemente como un despropósito, porque una herradura afianzada á su talón vulnerable habría bastádole. Por otra parte, y con perdón de los defensores de los modernos, afirmo con Dryden, que el real héroe del poema de Milton es el diablo; porque el plan que éste se propone, marcha regularmente hasta llevarlo á cabo, y llega así á ser el asunto del poema. La consecuencia imparcial que saco de todas estas consideraciones es, que los antiguos, á exacta semejanza de los modernos, tenían perfecciones é imperfecciones; virtudes y vicios. El pedantismo y la afectación del saber se deciden abiertamente en favor de los primeros y la vanidad y la ignorancia sostienen perentoriamente á los segundos. Mis preocupaciones religiosas iban á la par con las literarias de que he hablado, y hubo un tiempo en que creía imposible que el hombre más honrado del mundo pudiese salvarse fuera del gremio de la iglesia anglicana; sin considerar que las opiniones no dependen de la voluntad, y que es tan natural y tan licito que otro hombre piense de distinta manera que yo, como yo de distinta manera que él; y que si ambos somos sinceros, ambos somos inocentes, y debemos por lo mismo pagarnos mutua indulgencia.

Las preocupaciones que después adopté fueron las de la *gente lucida*. Decidido á brillar en las reuniones distinguidas, consideré como necesarios los vicios llamados comunmente, elegantes ó de gran tono. Yo había oído darles este nombre y lo creí sin más examen; ó á lo menos me habría dado vergüenza negarlo por temor de exponerme al ridículo de los que tenía yo por modelos de elegancia y de galantería. Pero ahora no me avergüenzo ni atemorizo al afirmar que estos vicios no son más de manchas aun en el carácter del hombre de mundo que llamamos obsequioso y galante (*a fine gentleman*); manchas que le degradan á los ojos de aquellos mismos cuya recomendación desea ganar; y aun van

tan lejos estas preocupaciones, que yo he conocido personas con pretensión á vicios que no tenían, en vez de ocultar cuidadosamente aquellos á que la naturaleza los inclinaba.

Fortifica tu razón por medio de reflexiones serias; examina y analiza todas las cosas á fin de formarte un juicio sólido y maduro; no dejes que ningún sofisma se apodere de tu entendimiento, extravíe tus acciones ó dicte tu conversación; sé desde temprano lo que más tarde sentirías vanamente no haber sido; suple con la reflexión los pasos tardíos de la experiencia. No pretendo que tu razón sea siempre un guía fiel, porque la razón humana no es infalible; mas sí será el guía menos engañoso que puedas seguir. Los libros y la conversación te asistirán, pero no adoptes ni unos ni otra á ciegas é implícitamente; ensaya ambas cosas por medio de la mejor regla que Dios nos ha dado para dirigirnos, la razón. No deseches como muchas gentes lo hacen, la fatiga de pensar (*a*); apenas puede decirse que piensa el hato del género humano (*b*); casi todas sus nociones son adoptivas y creo que en general más vale que sea así, porque las preocupaciones de la muchedumbre contribuyen al orden y á la tranquilidad más de lo que lo harían unos entendimientos tan incultos y groseros como los suyos. En

(*a*) La verità non si trova senza cercarla, nè può cercarsi la verità senza pena e fatica. Questo parmi degno di maraviglia, che la tema della fatica e la ripugnanza per tutto ciò che deve costarci qualche travaglio sia la disposizione più universal dell'uman genere, e che questa ripugnanza sia anche più grande per le fatiche dello spirito che per quelle del corpo, onde molti ritrovinsi che passino la vita ne' più laboriosi esercizi della lor macchina, pochissimi che non si sentano morire di noia quando debbon far uso delle facoltà della loro anima. Quindi la facilità che abbiamo in lasciar ad altri l'incombenza di pensare per noi, il credere agevolmente su la loro parola che ci libera dal travaglio di penose meditazione. Quest' indolenza e pigrezza, che è la madre della comune ignoranza, no può esprimersi quanto sia un fortissimo ostacolo a ritrovare la verità, perchè la prima maniera di ritrovarla si è quella di cercarla con sollecitudine, con assiduità, con fatica.

(TURCHI.)

Tr.

(*b*) Mille faux préjugés entraînent le vulgaire,  
Qui marche aveuglément dans la route ordinaire;  
Et qui sans réfléchir sur le parti qu'il prend,  
Croit ne point s'égarer quand il suit le torrent;  
Contre des préjugés un bon esprit en garde  
Sur la foi du public jamais ne se hasarde :  
De l'exacte raison il consulte la voix,  
Elle seule l'éclaire et lui dicte ses lois.

(DESTOUCHES.)



Inglaterra tenemos varias de estas preocupaciones útiles que sentiría yo mucho ver desvanecidas.

El cuento de que el pretendiente fué introducido en la cama de la reina dentro de un calentador, aunque destituido de toda verisimilitud, ha sido más perjudicial á la causa de los Jacobinos, que todo lo que M. Locke y otros sabios han escrito en contra de las irracionales y desatinadas doctrinas del derecho divino é inviolable, y de la obediencia ilimitada y pasiva. La idea tonta y temeraria de que un solo inglés puede vencer á tres franceses, inspira valor, y á veces ha hecho que un inglés haya en efecto vencido á dos de ellos.

Un francés aventura alegremente su vida *pour l'honneur du roi*; si le cambiases el objeto que se le ha enseñado á no perder de vista, y le dijese que va á exponerla *pour le bien de la patrie* huiría probabilísimamente (a). Por todo el mundo existen preocupaciones locales de igual tamaño, sin que tengan cabida en las almas cultas, instruídas y pensadoras; mas por otro lado hay ciertas nociones igualmente falsas, aunque no tan absurdas, que encuentran acogida entre personas de genio superior y cultivado, únicamente porque no quieren tomarse el trabajo de hacer reflexiones, de examinar atentamente las cosas, y de profundizarlas hasta descubrir la verdad. Preocupaciones de esta especie son las que querría combatir ejercitando con detenimiento y valentía tu facultad de pensar. Elegiré un solo ejemplo entre mil que podría citar: es una preocupación general, propagada durante los diez y seis últimos siglos, que las artes y las ciencias no pueden florecer bajo un gobierno absoluto; y que el genio debe necesariamente hallarse oprimido en donde la libertad es restringida. Esto aparece plausible, pero en realidad es falso: las artes mecánicas como la agricultura, las manufacturas etc., se verán ciertamente desalentadas en donde los beneficios y la propiedad no se hallaren seguros por la naturaleza del gobierno; pero confieso que no puedo concebir por qué pondría trabas un gobierno despótico al genio de un matemático, de un astrónomo, de un poeta ó de un orador. Cierto es que puede privar al poeta y al orador de tratar ciertos asuntos de la manera que ellos desearían; pero les deja muchos otros para ejercitar su genio si lo tienen. ¿Podrá un autor tener razón para

(a) En honor de la verdad debe decirse que en el día esta suposición del autor es falsa, pues la nación á que se contrae, ha dado repetidas pruebas de todo lo contrario.

quejarse de que se le ponen trabas, porque se le quita la libertad de publicar blasfemias, vomitar obscenidades ó predicar la sedición? Todas estas cosas son igualmente prohibidas en los gobiernos más libres si son sabios y bien arreglados. Tal es actualmente la queja general de los escritores franceses, pero sobre todo de los malos: no es maravilla, dicen, que la Inglaterra produzca tan grandes genios, porque toda la nación puede pensar como le parezca y publicar sus pensamientos. Enhorabuena, pero ¿quién impide á ellos pensar como les acomode? Si sus sentimientos tienden á la destrucción de toda religión, á la depravación de las buenas costumbres, ó á la desorganización del estado, un gobierno absoluto los castigará y reprimirá con más eficacia que un gobierno libre; pero ¿cómo puede esto ser una traba para el genio de un poeta épico, dramático ó lírico, ó de qué manera puede corromper la elocuencia de un orador en el púlpito ó en el foro? Los buenos autores franceses tales como Corneille, Racine, Molière, Boileau y La Fontaine, que parecían rivalizar con la edad de Augusto, florecieron bajo el despotismo de Luis XIV; y los célebres autores de la edad de Augusto no brillaron sino después de haber sido remachados los grillos del pueblo romano por aquel cruel é indigno emperador. La restauración de las letras no se debió á ningún gobierno libre, sino á la protección de León X y de Francisco I, el uno papa tan absoluto y el otro príncipe tan déspota como los mayores que ha habido en el mundo. No te equivoques imaginando que al exponerte una preocupación, hablo en favor del poder arbitrario que detesto con toda mi alma, considerándolo como una infracción enorme y criminal de los derechos naturales del género humano. Á Dios (a).

(a) Siguiendo el saludable consejo del escritor en el ejercicio de la propia razón, confesamos que la nuestra se resiste á considerar como preocupación la creencia general que de las artes y las ciencias rara vez florecen con vigor bajo los gobiernos absolutos; y nos hace fuerza que el autor tuviese por tan errónea una noción que parece apoyarse en hechos palpables. Dice que no puede concebir por qué pondría trabas un gobierno absoluto al adelanto y propagación de las matemáticas, la astronomía, etc. Por poca relación que parezca haber entre la política que sirve de base á este gobierno, y las ciencias intelectuales, parece claro que la lectura de los libros que las enseñan y propagan, ensancha el círculo del entendimiento, convida á la reflexión, y de principio en principio se marcha á la deducción de verdades exactamente aplicables en contra del poder arbitrario. La reflexión dice Lewis, aumenta las fuerzas del espíritu, como el ejercicio las del cuerpo.